

GERALD CRESTA

UCA, CONICET, CEF-ANCBA

Buenos Aires - Argentina

gerald.cresta@gmail.com

La vid mística: imagen del Dios invisible

El tratado *La vid mística o Tratado de la pasión del Señor (Vitis mystica seu tractatus de Passione Domine)* es uno de los opúsculos místicos de San Buenaventura compuesto en los años posteriores a 1257, en el tiempo de su dedicación como superior general de la orden. El prólogo breve es una invocación a la divinidad del Hijo, al que se nombra como una Vid verdadera y benigna.¹ La serie de analogías siguientes, como el viñedo, su cultivo, sus partes, es una invitación del autor a contemplar la intimidad del corazón divino, en un elevado simbolismo, para meditar serenamente su caridad, su pasión, su misericordia.

Junto al tratado *Lignum vitae*, componen una síntesis de la mística bonaventuriana que expresa un objetivo común: la contemplación del Dios-Hombre. En la vid pueden observarse cómo sus propiedades reflejan su naturaleza. Hay en ella un origen: es un sarmiento procedente de una vid primera (el Padre); debe ser podada a su debido tiempo (las traiciones, las heridas infligidas); es cavada alrededor (las injurias de los calumniadores); es atada con ligaduras (la cruz). La figura crística es el libro abierto escrito por dentro y por fuera, ofrecido a la

¹ *Vit. myst.* prologus: “*Ego sum vitis vera. O Iesu, benigna vitis, veni!*”

contemplación que lleva a la unión mística, a la recuperación de la semejanza perdida.

La generación eterna de esta Vid mística indica que germina en el mundo sin dejar el ser que tenía; es trasplantada, no sembrada.² Así, la imagen de la divinidad en la humanidad mediante la creación se convierte en imagen de la humanidad en la divinidad por la redención. Pero antes debe someterse a la poda, en la circuncisión, en el padecimiento, en las llagas. Desde el comienzo de su vida contemplamos un anonadamiento, porque si la vid decrece al darle corte, la Vid verdadera aparece en la encarnación como inferior a los ángeles y a los más abatido de los hombres.³ También en la labor de los viñedos está la cava, que buenaventura indica como la falsedad de los traidores, de los que con mala intención lo calumniaron, lo injuriaron, no para hacer más fecunda la vid, sino para secarla. Fueron muchos los hoyos cavados a su alrededor, pero los mismos cavadores caían en ellos.⁴ Las ligaduras de las vides, atadas como medio para su mayor fructificación, están en las cuerdas con que el Hijo es maniatado al tomarlo prisionero y al ser azotado con el látigo, atado a una columna. La cruel atadura de la corona de espinas. Y finalmente la cruz. Pero, sobre todo, la imagen del vínculo de origen: la obediencia

² *Vit. myst.* I, 2: “Et primo considerandum occurrit, quod plantari solet vitis et non seminari; translata de suae vite plantatur”.

³ *Vit. myst.* II, 2: “Ipsa enim eximantio quaedam praecisio est, sicut enim minuitur vitis, quando conciditur, sic vitis vera [...] in incarnatione minoratur ab angelis, immo et infra omnes homines humiliatus fuit”.

⁴ *Vit. myst.* III, 1: “Fossio haec insidiantium fraus intelligitur; quasi enim foveam fodit qui dolo machinatur aliquem decipere; unde conquerens dicit: *foderunt ante faciem meam foveam*”.

al Padre hasta su pasión. Atado quien fue enviado a desatar las miserias humanas.⁵

A estas imágenes siguen otras analogías, tres semejanzas que profundizan las similitudes. Primera semejanza: el tronco de la vid y el cuerpo de Jesús; segunda semejanza: las hojas de la vid, especialmente sus brotes tiernos y verdes, y las siete palabras de Jesús en la cruz; tercera semejanza: las flores de la vid, que son la rosa encarnada del Cristo crucificado, su sangre; la rosa de la caridad, su amor misericordioso; la rosa de la pasión, sus virtudes.⁶

Y a estas analogías siguen las siete efusiones de su sangre: la circuncisión, como primera sangre de las que vendrán después, hasta la última gota en la cruz; la que sudó en la agonía de la oración en el huerto, para redimir las culpas de la sangre; la que surgió cuando lo hirieron en la mejilla; la corona de espinas; la flagelación; las manos y los pies clavados; el costado herido.⁷

Sobre el final, el opúsculo concluye con una invitación a contemplar la pasión y la caridad de Cristo. Buenaventura presenta cuatro reflexiones; la tercera es muy sugerente en el modo de simbolizar la figura de Cristo crucificado con los dones del Padre que el Hijo entrega al mundo como el más alto gesto de amor posible: la entrega de su vida en una oblación caritativa y redentora para renovar a los hombres por completo, configurándolos a su

⁵ *Vit. myst.* IV, 1: “Per tot vincula ligaris, qui solus liber es, ligaris qui solus ligandi et solvendi potestades habes! Sed propter misericordiam tuam ligatus es, ut nos a miseriis nostris faceres absolutos”.

⁶ *Vit. myst.* V-XX.

⁷ *Vit. myst.* XXI-XXIII.

figura. El pasaje puede leerse en dos secciones; en la primera dice Buenaventura:

Ingresemos en el Corazón humildísimo del excelso Jesús. La puerta es el costado abierto de la lanza. Aquí está escondido el tesoro inefable y deseable de la caridad; aquí se encuentra la devoción, se obtiene la gracia de las lágrimas, se aprende la mansedumbre y la paciencia en las adversidades, la compasión para con los afligidos y, sobre todo, aquí se halla *un corazón contrito y humillado* (Sal 50, 19).⁸

En esta primera parte la voz de Buenaventura expresa como instrumento el mensaje del Crucificado; habla Jesús en la contemplación a la que invita pero que ya el santo ha hecho suya, para dar testimonio del Hijo como figura de los dones del Padre y del Espíritu. Es a través de y por intermedio de esa figura excelsa que se hace posible acceder al Inefable, para contemplar en este espejo del mundo un reflejo de la inmensidad del reino.

Pero en la segunda parte el texto hay un giro expresivo y alcanza una gran luz contemplativa al hablar desde el Padre y el Hijo al mismo tiempo, lo que muestra la interiorización bonaventuriana del motivo trinitario. Dice el pasaje:

Al crearte, te formé a mi divina imagen (Gen I, 26); me conformé, para reformarte, a tu imagen humana.

⁸ *Vit. myst.* XXIV, 3: “Tandem accedendum est ad cor illud humillimum altissimi Iesu, per lanuam videlicet lateris lanceati; ibi procul dubio thesaurus ineffabilis desiderabilis caritatis latet; ibidem devotio invenitur, inde lacrymarum grati extrahitur, discitur mansuetudo et patientia in adversis, compasio in afflictis, praecipue *cor contritum et humiliatum*”.

Tú, pues, que no conservaste la imagen de mi divinidad impresa en tí en tu formación, conserva al menos la forma de tu humanidad, impresa en mí en esta tu nueva creación [...] Me hice hombre para ser visto de tí y así me amaras, porque en cierto modo, no visto e invisible en mi divinidad, no era amado.⁹

En un dinámico movimiento expresivo, el Padre habla a través y en la figura del Hijo al hombre humano y divino que es ÉL mismo y a la vez quien lo contempla como figura del Padre y se vuelve hacia ÉL, comprendiendo que ha sido reformado, entregándose en lo individual y en la total humanidad en conjunto, para finalmente ser uno con el Hijo que es uno con el Padre por el cumplimiento de su divina voluntad.

Buenaventura resume así brevemente y con exquisita delicadeza poética los rasgos esenciales de su teología expresiva de la imagen, en la que Dios es el Padre de las luces expresado en el Hijo como posibilidad de contemplación, para ofrecer en Su figura el don de la caridad redentora de su pasión, de una vez y para siempre. El final del Opúsculo es en sí mismo una oración: “¡Oh, dulcísimo buen Jesús! *Padre de las luces* de quien procede *toda dádiva buena y todo don perfecto* (Sant I, 17)”.¹⁰

La edición italiana de los *Opúsculos Místicos* que anotó el padre franciscano Nazario Rosati, de 1926, afirma

⁹ *Vit. myst.* XXIV, 3: “Conformaveram te imaginis Deitatis meae, cum te crearem, conformatus sum imagini humanitatis tuae, ut te reformarem. Tu ergo, qui non retinuisti formam Deitatis meae tibi impressam in tua formatione, retine saltam formam humanitatis tuae mihi impressam in tua recreatione [...] nam propterea homo visibilis factus sum, ut te a visus amarer, qui in Deitate mea invisus et invisibilis quodam modo non amabar”.

¹⁰ *Vit. myst.* XXIV, 3: “O dulcissime bone Iesu! Pater luminum, a quo est omne datum optimum et omne donum perfectum”.

que “la forma de este Opúsculo es rítmica: prosa poética de maravillosa espiritualidad, que observa campos, jardines y viñedos, y de todo toma motivo para elevarse hasta el Crucificado, y del Crucificado vuelve a bajar a la vida práctica, al claustro y al mundo, a los pequeños y grandes oficios”.¹¹

¹¹ Cf. P. Nazarino Rosati, O.F.M., en sus notas a la versión italiana editada por Soc. Ed. Vita e Pensiero, Milán, 1926.